

En Francia nunca excede el valor de la hoja de seis francos los cien kilos; lo común es que valga de cuatro á cinco francos.

En España es un horror lo que sucede en este punto; el año actual de 1894, se ha pagado la hoja de morera en Murcia á treinta duros la onza (68 arrobas castellanas) y se han vendido los capullos á dos pesetas el kilo.

Lo mismo ha sucedido en casi todos los demás puntos de producción de España; el desastre ha sido inmenso; no se concibe que después de golpes tan rudos como los que acarrea la ignorancia, podamos conservar aún algo de sericicultura.

La producción de la seda está fatalmente regulada por la de la hoja; no se pueden criar gusanos sin la primera materia para alimentarlos. Esto es de sentido común y no hay que demostrarlo.

El desastre que lamentan nuestros cosecheros, nace de ese desequilibrio entre la mucha semilla ayivada en relación con la hoja disponible. Este es un punto esencialísimo para la sericicultura. En España no podrá restablecerse el antiguo esplendor de ésta, sin repoblar de morerales las grandes extensiones de donde se arrancaron, por causas ya dichas en este libro.

¿Cómo puede competir el cosechero de seda español, comprando la hoja á precios fabulosos, con el italiano y el francés que la tienen baratísima? Hé aquí la razón de la terrible competencia que sufrimos en España y el por qué estamos amenazados de que se pierda lo poco que nos queda de esta gran riqueza.

Lo más sensible, es que nosotros podemos producir hoja más abundante y más barata que en ningún otro país del mundo. Mucha hoja se produce en el Piamonte, en la Lombardía, en el Languedoc y en otras zonas de Francia ó Italia; muchísima más pueden dar las cuencas de nuestros ríos en donde convenientemente plantadas y sin perjuicio de los cultivos actuales, sobra posibilidad para criar cuatro ó cinco millones de moreras, inmensa fortuna nacional, riqueza extraordinaria, auxilio poderoso para nuestra decadente agricultura.

Por que habiendo hoja abundante y barata, seguramente

